

El compromiso

Autores Varios

1. Compromiso frente a presentismo:

1.1. Nivel humano

Como aclaración del título, entendemos por "presentismo" el ir viviendo cada momento tal como se nos va presentando desde el exterior en el transcurrir de cada jornada, sin un proyecto que haga de hilo conductor en las vicisitudes siempre cambiantes de nuestra vida. Y por "compromiso", no una especie de "contrato social" que busca el acuerdo posible con los demás para lograr una coexistencia pacífica, sino la determinación constante de llevar un estilo de vida conforme con un proyecto asumidor de los valores morales con los que nos sentimos identificados.

El compromiso así entendido es componente necesario de una vida verdaderamente humana. Efectivamente, a diferencia de lo que ocurre en el animal, somos seres que nos vemos obligados a irnos definiendo en un sentido o en otro, porque no nacemos "programados". El animal, en cambio, tiene unas fuerzas físicas y unos "instintos" cuyo mecanismo se pone en movimiento espontáneamente ante su estímulo, y una vez que estas fuerzas e instintos empiezan a actuar, se dirigen certera y necesariamente a unos objetivos predeterminados. El hombre va comprendiendo las múltiples posibilidades de su ser y puede orientar la vida en un sentido o en otro, por lo que, tiene que ir optando de forma cada vez más clara por un estilo de vida conforme a un proyecto vital forjado según unos valores que poco a poco van surgiendo de lo profundo de su ser.

Por tanto, el hombre no puede limitarse a acoger pasivamente lo que cada momento vaya dando de sí (presentismo), sino que es constructor de su vida, si bien a partir de las capacidades innatas y de las cualidades que vaya adquiriendo. Desde lo más profundo de sí se ve inclinado a un ideal que responde a lo que es: a ese ideal lo llamamos vocación. Ésta da sentido a su vida y cohesionan armónicamente los múltiples y aparentemente desconexos pensamientos, querer, sentimientos y acciones de cada día. En ella se encuentra la auténtica realización personal. La vocación nos impulsa a determinar los rasgos fundamentales del estilo de vida que hemos de llevar, ya que cada vocación comporta unos rasgos fundamentales que conforman un estilo de vida coherente. Esos rasgos fundamentales comprenden los valores esenciales en que aquélla se despliega y se encarnan en las acciones concretas que vamos realizando. Las acciones son el terreno en que llegan a ser efectivos los valores que comporta la vocación, pasando de la simple intención al hecho. Si la vocación con sus valores no llega a animar la acción concreta y a encarnarse en ella, se quedaría en la pura ideología, voluntarismo o sentimiento estériles: "obras son amores y no buenas razones", dice el refrán.

Tal forma de actuar hace a la persona sujeto de su propia historia, sin quedar sometida, como las hojas de un árbol, a los vientos que soplan en cada momento. Al mismo tiempo estructura toda la vida dándole coherencia continua, a diferencia del "presentismo", que desestructura, descompone a la persona en fragmentos más o

menos desconexos. La yuxtaposición de instantes desconexos no puede aquietar el corazón humano, que tiene una identidad continua y aspira a más de lo que de por sí puede dar el instante. Es verdad que nunca vivimos en plenitud el ideal vocacional, pero esa plenitud es una meta hacia la que caminamos y que progresivamente interiorizamos según vamos viendo sus siempre inagotables virtualidades, porque el corazón humano del que surge aspira siempre a más. Como al ir cultivando ese ideal lo vamos sintiendo surgir cada vez más espontáneamente del hondón de nuestro ser, también nos vamos reconociendo más identificados progresivamente con él, de forma que nuestra felicidad consiste en vivirlo lo más perfectamente posible. Esta es precisamente la tarea de la ética.

La profundización del ideal nos lleva a estar siempre atentos a todas las posibilidades que pueda ofrecer el momento presente, posibilidades que deben ser siempre conformes a la vocación emprendida, no contrarias a ella, si bien con un gran margen de libertad de actuación. Se trata de una decisión constantemente creativa y coherente con la vocación. Cada momento irá desplegando las potencialidades que encierra el proyecto emprendido al verse éste confrontado con el aquí y ahora siempre cambiante de la historia. Se trata de un proceso que avanza sin cesar en la fidelidad a uno mismo y en la escucha y el discernimiento del presente impulsándolo hacia un futuro mejor y nunca previsible del todo. Así se logra una genuina "vivencia a tope" del momento presente.

1.2. Nivel cristiano

La vocación de cada uno, a este nivel, se enraíza en la opción fundamental del seguimiento de Jesucristo, imitándolo en una faceta o aspecto de su vida. El Espíritu Santo, como motor de la historia que es, está sin cesar iluminándonos e impulsándonos desde el hondón de nuestro corazón hacia una configuración cada vez mayor con Cristo, que "no fue primero un 'sí' y luego un 'no'; en él no hubo más que 'sí'... Y por él podemos responder 'amén' para gloria de Dios" (2 Co 1,20), de forma que, una vez puesta la mano en el arado, ya no debemos mirar hacia atrás (cf. Lc 9,62), ya que, como Pablo, estimamos todo basura comparado con la experiencia de Cristo (cf. Flp 3,8). El Espíritu, al ir interiorizando en nosotros con intensidad sobrenatural las exigencias vocacionales, es el suscitador radical de nuestro compromiso vocacional cristiano. Su actuación nos hace exclamar con San Pablo: "Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí" (Ga 2,20). Sabemos bien de quién nos hemos fiado: es potente para guardar nuestra vocación (cf. 2 Tm 1,12) y estamos firmemente convencidos de que el mismo que inció en nosotros esa obra buena, la llevará a término (cf. Flp 1,6).

Fr. Carlos Cristóbal, OP

2. Compromiso y biblia

El pensamiento bíblico da por supuesto que el hombre puede tomar algún compromiso a lo largo de su vida, obligarse seriamente a algo en algún momento particular. Tratándose, pues, de una decisión que tiene al hombre cual sujeto, dicha convicción debió tener su origen en la noción misma que tenían del hombre en el mundo bíblico. Es ahí donde radica la explicación del compromiso humano.

La Biblia presenta una idea equilibrada del hombre. Es visto como ser relevante: Dios lo creó con particular esmero, a imagen suya, lo dotó de cualidades y energías encomiables y lo constituyó representante suyo en el mundo (Gn 1-2); incluso cuida de él con esmero (Si 8,5; Mt 6,25-34). Mas, considerado desde otra perspectiva, el hombre está presentado como adoleciendo de múltiples limitaciones de diversas índole: físicas, intelectuales y morales. Una consecuencia negativa señalada con énfasis es la frecuente tendencia a la indolencia, a no desarrollar las energías que lleva dentro (Pr 6,6-11; Mt 20,6).

A partir de esta doble vertiente de su realidad, ¿cómo debería enfocar cada ser humano su propia vida, qué debería hacer con ella, de qué modo desarrollarla para ajustarla al ideal bíblico?

Durante los tiempos más antiguos de la Historia de la Salvación, el individuo contaba bien poco en cuanto tal, pues era visto como integrado plenamente en la comunidad, en el pueblo, siendo éste el que importaba a todos los efectos. Va de sí que en tal modo de entender las cosas, la personalidad y responsabilidad del individuo quedaban difuminadas en la práctica, con consecuencias poco halagüeñas. Mas en el curso de la Revelación divina, se dio un paso decisivo en este campo con las enseñanzas de los profetas, puesto que comenzaron a tomar conciencia y resaltar la personalidad de cada individuo en sí mismo, sacándolo del anonimato religioso-social y poniendo de relieve cuanto lleva dentro: dignidad, derechos, respeto debido, etc. Así, Elías condenó el atropello de Nabot por el rey Ajab (1 Re 21,1-24); Amós defendía la causa de los socialmente débiles (Am 5,7-12); Jeremías a los obreros contra la injusticia del rey Joaquín (Jr 22,13-19).

Pero, al mismo tiempo, los profetas exhortaban a cada individuo a tomar conciencia de su propio yo, con sus secuelas prácticas: responsabilidad ante Dios, no esconderse en el grupo social, obligación de desarrollar todas sus posibilidades, etc. Isaías impulsaba a cada israelita a habérselas personalmente con Dios, partiendo de la actitud de una fe que abarcara la totalidad de su vida (28,16). Jeremías insistía en que la religiosidad debe brotar de lo íntimo de cada individuo, abriéndose personalmente a Dios (17,10). Ezequiel emplazaba a cada uno ante su propia responsabilidad, sin escudarse en los demás (18,20). Fue así como el hombre bíblico adquirió progresivamente conciencia plena de cuanto implica ser tal: autonomía personal, capacidad de tomar decisiones, estar sujeto a la mirada de un Dios que, habiéndole dotado generosamente, está atento a cuanto lleve a cabo en el curso de su vida.

¿Qué enseñaban los pensadores de Israel al individuo que era consciente de toda esta realidad? Ciertamente que hay un “minimum” que Dios le exige y que no puede soslayar sin responsabilidad, como recordaba Miqueas: “Se te ha hecho saber, hombre, lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti: tan sólo respetar el derecho, amar la lealtad y proceder humildemente con tu Dios” (6,8).

Mas añadían que el hombre puede ser generoso y no contentarse con lo exigido, sino estar dispuesto a dar más, a añadir un plus, a llenar la propia vida, aunque sólo fuera para darle sentido pleno: “Cualquier cosa que esté a tu alcance, hazla según tus fuerzas” (Qo 9,10); mientras que Cristo invitaba a doblar, con el esfuerzo personal, los talentos recibidos (Mt 25,14-30).

Pasando al terreno concreto, fueron muchos los individuos que, a lo largo de los tiempos bíblicos, aparecen realizando misiones generosas en los campos más diversos, merced a una decisión personal particular.

¿Cómo acaecía esto? La clave estaba siempre en la entrega voluntaria de personas conscientes de la trascendencia de su esfuerzo por desarrollar plenamente las energías que llevaban dentro, poniéndolas al servicio de una causa grande y altruista. Se pensaba que uno de los dones relevantes que el hombre recibió, al ser creado, fue su libertad; atributo que el mismo Dios respeta, pues no quiere ser servido por autómatas, sino por seres libres y conscientes de lo que hacen. Es una realidad que está patente a lo largo de toda la Biblia. Al oír Isaías al Señor que preguntaba: “¿A quién enviaré?, ¿quién irá de nuestra parte?”, se ofreció espontáneamente: “Heme aquí, envíame” (6,8). El mismo Cristo dejó siempre libertad para seguirle: “Si quieres ser perfecto...” (Mt 19,21); “Si alguno quiere venir en pos de mí” (Lc 9,23); “¿También vosotros queréis marcharos?...” (Jn 6,67).

Existe, pues, en la Biblia la convicción de que Dios deja al hombre que decida la orientación de su vida. Y no hay duda que son muchos los que acomodan su conducta a las exigencias generales trazadas por el mismo Dios. Pero repetimos que es posible dar un paso más: no contentarse con ese esquema elemental de comportamiento, sino comprometerse a desarrollar un esfuerzo suplementario que redunde, a la postre, en la mayor gloria de Dios y a favor de su plan sobre la Humanidad.

Este tipo de compromiso personal aparece con frecuencia en los textos bíblicos y en las circunstancias más dispares. Incluso usaban un verbo hebreo (nádar) que significa “prometer formalmente, hacer un voto” (con el sustantivo correspondiente néder, “promesa formal, voto”), usado muchas veces en referencia a Dios (Gn 28,20; 1 Sm 1,11; Si 61,6). En estos casos, el compromiso tenía carácter religioso, puesto que su objetivo directo era realizar algo en honor de Dios. Un objetivo que, con el paso del tiempo, no haría otra cosa que elevarse y acrisolarse en cuanto a las miras concretas que pretendían conseguir. David se comprometió a construir un templo digno para Yahveh (Si 132,2-5). Al final de los tiempos del AT, Matatías y sus hijos (macabeos) se comprometieron a ser fieles a la religión y espíritu tradicionales (1 M 2,19-22). San Pedro decía: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido” (Mc 10,28). San Pablo confesaba estar comprometido a favor de los demás hasta el punto que “desearía yo mismo ser maldito, separado de Cristo por ellos” (Rm 9,3). Más aún, animaba a asumir un compromiso similar a quienes le rodeaban “Mirad, el que siembra con mezquindad, cosechará también con mezquindad; pero quien siembra en abundancia, cosechará también con abundancia” (2 Co 9,6).

Todo esto demuestra la gran importancia que en el mundo bíblico se concedía al compromiso tomado por el hombre en este sentido. El mismo San Pablo calificaba a quienes se obligan a tan noble tarea de “colaboradores de Cristo” (1 Cor 3,9). Tenía toda la razón, ya que no se trata de otra cosa que contribuir generosamente a la realización del proyecto divino sobre los hombres y en busca del bien de éstos.

Fr. Jesús García Trapiello

3. El compromiso y la reflexión teológica

El teólogo debe saber escuchar a los hombres de su tiempo desde su experiencia de Dios. En esa escucha él mismo se compromete de una forma vital porque también él participa de esos mismos problemas, de esas mismas realidades que ahora personalmente ha iluminado desde su fe.

En la actualidad, los hombres deben sentir que aquellos que hablan de Dios están sinceramente comprometidos con ellos y con su mundo, que nada de lo que compone la historia humana es extraño a la reflexión teológica. Los teólogos asumen su compromiso con la historia de los hombres desde la verdad que han aprendido, desde la vida que han sentido y por el camino que Jesús ha desbrozado en el caminar de la Humanidad hacia su plena realización.

Por esto, el teólogo introduce en su reflexión una especie de insatisfacción existencial que apunta hacia el mañana. El compromiso con la realidad presente es motivo de lucha y esfuerzo para adelantar un futuro de mayor plenitud y mayor realización; y a esto lo llamamos esperanza. El teólogo es el hombre de la esperanza, es el constructor de la esperanza. Esta esperanza va edificando un mundo más humano, un hombre más alejado de los ídolos, que exigen y demandan servidumbre de palabras y de obras; un mundo más cercano a la justicia y a la verdad.

El teólogo, el hombre de la reflexión sobre Dios y sobre el hombre, renuncia a las situaciones fáciles, a las explicaciones y aclaraciones superficiales que adormecen la conciencia de los explotados, de los que padecen la injusticia, de los maltratados por la envidia, de los sacrificados por intereses extraños al mismo Evangelio, de las víctimas de lo diplomáticamente correcto.

El teólogo es un hombre esencialmente conflictivo y si no crea conflicto no es el hombre de Dios para los hombres convirtiéndose en aquel que tranquiliza la conciencia de los que viven pendientes sólo de sí mismos y del provecho que pueden sacar de la situación donde están, tal era el caso de Caifás y de los suyos.

A Caifás no le preocupa, en absoluto, lo que Jesús dice; ellos eran hombres de negociaciones, diplomáticos de la mentira y disfrazadores de la verdad; su máxima preocupación no era si Jesús tenía razón en lo que decía y menos aún en lo que hacía, su máxima preocupación no era si con aquella conducta Jesús despertaba la vida, sembraba la dignidad en un grupo de personas que ellos mismos habían relegado a un mundo oscurantista y tenebroso; su máxima preocupación no era si aquella gente, su gente, volvía a sentirse limpia delante de ellos mismos y de los demás... su máxima preocupación era lo conveniente más que lo verdadero.

La conveniencia política exigía que aquel hombre debía ser silenciado porque si no los romanos los despojarían de su falsa autoridad, de su falso prestigio, y de su verdadera posición social de vividores construida sobre la mentira de su falsa religiosidad.

Por eso mientras Jesús se convierte en el amigo de los pecadores, de las prostitutas, de los marginados, de los que luchan desde el silencio de su interioridad; aquellos hombres llenos de egoísmo y pendientes sólo de su situación social para no perder el lustre que da bañarse en el mundo de las apariencias, lo llamaban comilón y borracho.

Jesús es un hombre conflictivo, el teólogo debe ser un hombre conflictivo, debe serlo y nunca debe dejar de serlo. Esta conflictividad crea insatisfacción y la insatisfacción da origen a la posibilidad del cambio, de hacer las cosas de otra manera, porque el vino nuevo necesita odres nuevos, no se puede verter la fuerza del Evangelio en odres de

estrechos límites mentales y existenciales, no se puede coser tela nueva en vestido viejo, la tela tira del vestido.

El compromiso del teólogo no está en lo políticamente correcto si no en lo evangélicamente auténtico, y esto no siempre es bien recibido:

Lo evangélicamente auténtico significa sentir la presencia de Dios como luz salvadora; como faro puesto en la orilla de la vida que orienta hacia el puerto de la verdad, significa hacer de Jesús la única luz que ilumine el interior del teólogo y saber apagar luces de colores al servicio de la propaganda y del control de las conciencias, luces que entran en rivalidad con la luz.

Lo evangélicamente auténtico significa tener el valor y el coraje que nacen de la seguridad de una verdadera experiencia de Dios, tener el valor y el coraje de provocar a aquellos que desde su atalaya critican y descalifican, aquellos que llaman paz a lo que es su propia comodidad, su falta de lucha y valentía, su apatía, su acomodamiento social y tienen miedo, como Caifás, de preguntarse si Jesús tiene razón.

Lo evangélicamente auténtico despierta al hombre para que no quede a merced de los fanáticos de la imagen, de los pacificadores faltos de compromiso, de los celosos de su posición social y de su lugar, de los envidiosos que destruyen porque no saben ni pueden construir.

Lo evangélicamente auténtico es sembrar la alegría de la solidaridad y de la caridad en aquellos que se presentan llamando a nuestras puertas por encima de raza, color de la piel, religión... Es tender una mano a los que están aparcados en la orilla del camino de la vida porque otros les impiden el paso para acceder al Jesús de la vida, al Jesús de la luz.

El compromiso del teólogo es el compromiso con los hombres porque Jesús se identifica con ellos, vive con ellos y es uno de ellos. El teólogo deberá siempre saber devolver a los hombres la alegría de vivir, deberá cuidar la esperanza Jesús sembró entre aquellos con los que compartía conversación y comida.

Este, me parece, es el compromiso del teólogo hoy.

Fr. Benito Medina Carpintero, OP

4. Espiritualidad

De entre las palabras que usamos los humanos, tal vez esta sea de las más fuertes, pero también de las más desgastadas. De las más fuertes, por lo que implica la acción de comprometerse, y de las más desgastadas, por la cantidad de situaciones en las que vemos que se rompe y salta en mil pedazos. Quizás, las personas, las instituciones, los organismos que son capaces de comprometerse más son los que nos merecen el mayor respeto y consideración. Cuando hablamos bien de alguien podemos decir: "es una persona muy comprometida".

Pero, ¿qué es realmente el compromiso? Pienso que es un acto importante en la vida humana. Los hombres somos razonablemente libres. Pero la libertad no es una realidad que simplemente nos acompañe en la vida. La libertad tenemos que ejercerla. El ejercicio de esa libertad tal vez sea el compromiso. Soy libre ¿para qué?, para

invertir esa libertad mediante el compromiso. Es como tener una fortuna. No me serviría de nada si no soy capaz de invertir o de emplear ese dinero en algo realmente útil. Soy, como ser humano, capaz para el amor. Pero el amor no tiene sentido más que cuando lo ejerzo, cuando amo y soy amado.

Entre los valores humanos mas significativos se encuentra este: la capacidad que tenemos las personas de comprometernos. Quizás para definirnos como personas tengamos que preguntarnos con quienes y con qué estoy comprometido. De tal forma que podríamos decir: dime con qué causas estás comprometido y te diré quien eres.

Hay compromisos que pueden implicar toda la vida, que nos definen para siempre. Hacen referencia a opciones fundamentales. Por ejemplo: el matrimonio. Compromiso de amor por excelencia. Dos personas que se comprometen a compartir sus vidas unidas en el amor.

Si no existe la libertad el compromiso no es válido. Es una forma de ejercer esa libertad. Nadie puede ser obligado a comprometerse.

En la sociedad en la que vivimos, creo que existe, en gran medida, el miedo al compromiso. Tal vez porque no sepamos bien qué es y para que sirve la libertad. Podemos pensar que el hecho de comprometernos la recorta e incluso puede ahogarla.

El compromiso es una planta que solamente puede echar raíces cuando esta abonada por la sensibilidad, la solidaridad, la capacidad de apertura a los otros, la generosidad, la madurez... En la sociedad en la que vivimos, tan teóricamente abierta a todos estos valores, van creciendo desvalores como la indiferencia, el egoísmo, el narcisismo, el materialismo... que nos insensibilizan y nos hacen incapaces para el compromiso. Los jóvenes muchas veces tienen miedo a comprometerse, porque tienen miedo a crecer.

Por otro lado, el compromiso verdadero nos implica, nos envuelve, nos cautiva. Por eso existe un miedo real ante él. En una sociedad donde estamos acostumbrados a lo efímero, a lo fugaz, nada que suene a duradero tiene acogida. Vivimos en el hoy, en el instante fugaz. Hemos desterrado el "para siempre" de nuestro vocabulario habitual. Mañana, ya se nos antoja extraño y lejano. Cada cosa vale, mientras dure. Es la sociedad del usar y tirar. Lo malo es que, como a cosas sin valor, podamos correr el riesgo de usarnos y tirarnos los unos a los otros, de ser usados y tirados al cesto de lo inservible.

Pero no podemos generalizar. Hay personas dispuestas al compromiso. Tal vez donde menos lo esperamos. Sorprende ver en los periódicos a jóvenes de los distintos puntos del mundo dispuestos a solidarizarse con causas justas. Pienso ahora en los llamados "escudos humanos" que parten para Irak estos días con la noble intención de poner trabas a una guerra absurda. Este compromiso solidario, en el que una persona es capaz de arriesgar su vida por hacer un bien a otros, quizás sea la mayor prueba de generosidad. La recompensa que se obtiene no es nada material. Es la satisfacción de colaborar en una causa justa.

Nos podemos preguntar por las motivaciones. ¿Qué lleva a una persona a darse de tal manera? Sobre todo a arriesgar la propia vida. Quizás un grado superlativo de humanidad, que existe en todos los corazones como potencialidad, pero que tal vez tan solo algunos han sido capaces de desarrollar.

A algunos les cuesta levantarse de la silla para salir de su casa a gritar no a la guerra o a cualquier tipo de injusticia. Y a otros no les da pereza dejar casa, madre, padre, hermanos...para ofrecer su propia persona como parapeto entre quienes disparan y quienes parecen destinados al sufrimiento y a la muerte.

Los que decimos que somos creyentes, ¿qué aportamos? ¿Realmente la fe nos lleva a algún tipo de compromiso? Sin duda que éste es el único termómetro para medirla. Por eso, a veces, por supuesto que no siempre, los ateos pueden darnos lecciones de fe. Con alegría leía hace días entre las noticias de prensa que algunos de los escudos humanos eran religiosos y religiosas. Personas, por encima de todo, que es lo importante, pero con una motivación de fe, que les lleva a arriesgar su vida.

El Dios de los cristianos es el Dios comprometido desde siempre con su pueblo. Este es el sentido de su Alianza, de su pacto de amor incondicional. Así lo expresa diciendo sin reparos a Israel aquello de “Tú serás mi pueblo y yo seré tu Dios” que repite desde el libro del Génesis.

Compromiso de un Dios que culmina en la entrega de su propio Hijo a manos de los hombres en el Gólgota. Nueva Alianza y pacto definitivo de amor.

¿Existe una “espiritualidad” del compromiso? No se contestar a esta pregunta. Pero sí estoy seguro de algo: no puede existir una verdadera espiritualidad cristiana que no lleve a un compromiso concreto. Es más, la medida de nuestra espiritualidad, necesariamente, la da nuestro compromiso. Tal vez, recordando el capítulo segundo de la Carta de Santiago, podríamos decir: muéstrame tu compromiso y te mostraré tu espiritualidad, que no es otra cosa que muéstrame tus obras, que por ella conoceré tu fe.

Fr. Francisco José Collantes Iglesias, OP

5. Diálogo del compromiso

- Aquí sentado en esta roca, veo que el mundo gira sin destino, obligado por el tiempo y por el espacio. Ya no sé donde voy, quien soy o de donde vengo. Quería ser el súper héroe que salvaría el mundo de la destrucción, pero soy tan limitado como todos aquellos a quién crítico. Mis pies no tienen fuerza y todo lo que es salir de esta roca es un sacrificio. Todos dicen que soy un joven, el futuro de la humanidad, ¡que gracioso! Cuándo el mundo que me entregaron es lo único que no necesito. Mi mirada es tan vacía como el cielo oscuro que veo, y las estrellas ya no son suficientes para iluminar mi camino...

- ¡Estás tan triste!
- ¿Quién dijo eso?
- No importa.
- A mí me importa.
- No. Tu lo has dicho. Ya nada te importa. Para ti nada tiene sentido.
- Quiero saber quien es.
- ¿Porque?
- Porque..., porque quiero saber. Me estoy volviendo loco.
- Si quisieras saber, ya sabrías quien soy.
- Creo que no quiero hablar más contigo.



- Estoy aquí.
- No te veo. Si descubro quien eres ya te enterarás...
- ¡Estás tan triste!
- No. Estoy bien. Sólo quiero que me dejen en paz. No quiero que me digan lo que tengo que hacer. No quiero clases, no quiero tener hijos, no quiero mujer, no quiero sentirme aprisionado por cosas que inventan y que no tienen lógica ninguna.
- ¿Cómo quieres vivir?
- Probar todo, sentirme feliz.
- Pero, ¿cómo quieres ser feliz?
- Hacer cosas que me hacen feliz como salir con los amigos para divertirme, viajar, sentirme libre para hacer aquello que me apetece en el momento.
- O sea, no quieres un compromiso con nada.
- ¿Que es un compromiso?
- Entregar tu vida por algo, por un ideal.
- Los ideales son utopías que no pueden ser nunca realidad.
- ¿Por qué?
- La historia lo prueba. Después de tantos años luchando por el ideal de la paz, del amor, y tantos otros, y mira: solo hay guerra, hambre, destrucción...
- ¿Tu has amado?
- No sé. ¿Cómo sabes si has amado?
- ¿Sabes de alguien que te ame?
- Si.
- Entonces has amado.
- No lo había pensado antes. Pero, ¿quién eras?
- Estoy aquí a tu lado, y tengo sed.
- ¿Estoy hablando con un árbol?
- Si, y tengo sed.
- Te voy a buscar agua... aquí está, ¿cómo te sientes ahora?
- Muy bien. Aquí no hay mucha agua, y muchas veces paso mucha sed.
- Como vengo aquí muchas veces, si quieres te puedo traer agua. Está decidido, lo voy hacer.
- Muchas gracias. ¿Por qué lo haces?
- Para que te sientas bien, para que no mueras.
- Para que yo me sienta feliz, ¿no?
- Si.
- Y, ¿cómo te hace sentir a ti?
- Muy bien, ¿porque?
- Porque esto es un compromiso. Has hecho un compromiso de darme vida, ofreciendo un poco de tu vida. Me haces quererte porque tu me quieres.

Fr. Jorge Fernández Oliveira